La mujer llevó á la llueca este incremento de la familia y la pobre llueca erizaba sus plumas y extendía las alas para dar abrigo á la prole que de tal modo aumentaba.

—¡Ya tenemos otro!—gritó regocijándose Antón.

Pero se había equivocado. No era otro: eran tres más. ¡Un triunfo! El último rompió su cascarón á las siete. ¡Los diez habían salido! Y el gordo, borracho de alegría, besó al último, con tanta efusión, que á poco más lo espachurra entre sus labios. Quería quedárselo en la cama toda la noche, dominado por una ternura de madre hacia el pobre ser que le debía la vida; pero la mala pécora se lo llevó, como se había llevado los otros, desoyendo la súplica del marido.

Los testigos de aquel suceso iban retirándose, comentándolo; Próspero quedó el último; é hizo al gordo esta pregunta:

—¿Me convidas, para cuando estén ya cebados, á comer uno con tomate?

La idea sublime de comer un pollo con tomate, iluminó el semblante de Antón, el *Triple-Antón*, y con sincero entusiasmo repuso:

—¡Vaya si te convido! Quedas convidado para lo que dices, yerno.

EL HOMBRE-FEMENINO

CUÁNTAS veces oímos decir: «Es un hombre muy agradable; pero tiene cosas de mujer.» Y en verdad, existe un hombre-femenino, la peste de nuestro país.

Porque todos en Francia somos algo femeninos, es decir: inconstantes, antojadizos, inocentemente pérfidos, sin arraigo en las convicciones ni en la voluntad, violentos y débiles como las mujeres.

Pero el más irritante de los hombres-femeninos es el parisiense, el bulevardier, con revelantes asomos de inteligencia, y que reúne, agrandados por su temperamento, defectos y seducciones de las más encantadoras perdidas. En la cámara de los diputados abundan los hombres-femeninos; forman la gran mayoría de oportunistas amables que se podían llamar «seductores». Conquistan con palabras dulces y promesas engañosas: oprimen las manos de un modo que cautiva el corazón; llaman «querido

amigo» de una manera delicada y sentimental á quien desconocen por completo; cambian de opinión sin repararlo y exaltan cualquier idea nueva; son muy sinceros en su constancia de veleta y se dejan engañar tan fácilmente como engañan, poseyendo el arte de olvidar hoy todo lo que afirmaron ayer.

En las redacciones de los periódicos también abundan los hombres-femeninos, y es, acaso, donde son más necesarios. Todo buen periodista debe hallarse dispuesto á dejarse conquistar por el público, á seguir sus opiniones, ondulantes y varias, escéptico y crédulo, perverso y bondadoso, irónico y bonachón, siempre convencido y sin creer nunca en nada.

Los extranjeros—ingleses y alemanes principalmente—nos acusan de ligereza. No somos ligeros, no: somos femeninos. Y, por esta razón, á pesar de nuestros defectos, nos quieren, y hablando mal de nosotros, vuelven á nosotros .. ¡Desavenencias de amantes!

El hombre-femenino, tal como se nos presenta en sociedad, es tan encantador que, á las primeras palabras, conquista. Sonriendo, atrae. Su voz tiene un timbre soberanamente halagador. Habiéndole visto una sola vez, parece que se le conoce de muchos años. Cualquiera le fía; seduce como una mujer.

Si comete alguna incorrección, se le perdona y nunca se le guarda ojeriza. Muy al contrario: se desea verle de nuevo. Si da excusas, obliga casi á pedirle perdón; si miente, no se le contradice, y sus promesas más livianas valen como un servicio delicado.

Cuando admira, lo hace con tanta efusión que impone á los demás aquellas convicciones de un momento. Sus alabanzas no admiten paliativos; el más pequeño reparo le pondría furioso. Pero, cuando su desprecio cae sobre algo, su desdén es infinito y no es posible sostener sin irritarle aquello que sus palabras derriban.

Oímos, al pasar, cómo hablan dos mujeres:

—¿Has regañado con Julia?

—Sí; le puse los cinco en la cara.

—¿Qué te había hecho?

—Nada; pero dijo á Paula que yo busconeaba casi todo el año, y Paula se lo dijo á Gontran. ¿Comprendes?

—¿No vivíais juntas en la calle de Chauzel?

—Vivíamos juntas hace tres años en la calle de Breda; luego reñimos por unas ligas; dijo que me las puse, y no era verdad; y la dí una somanta. Entonces me dejó. La encontré hace seis meses, y me dijo que fuese á vivir con ella, porque tenía una casa muy grande...

. . . . . .

Se pierden las voces á lo lejos.

Pero, al domingo siguiente, suben al vagón que ha de conducirnos á Saint-Germain, dos muchachas. Una es Julia y la otra... su enemiga.

Todo son zalamerías, ternuras, proyectos: «Dime, Julia... Oye, Julia...» Etc., etc.

El hombre-femenino, tiene intimidades parecidas. Durante un trimestre no puede apartarse de su amigo Jacobo, de su buen Jacobo. Para él no hay otra persona en el mundo. Solamente Jacobo tiene gracia, talento, distinción, agudeza, buen sentido.

Nadie le alcanza, nadie se le parece. Van juntos á todas partes; comen juntos, pasean juntos y cada noche se acompañan diez veces de la puerta del uno á la del otro, no sabiendo cómo despedirse: ¡inseparables!

Si hablamos de Jacobo al hombre-femenino al cabo de tres meses, nos dice:

—¡Ya le conocí! Es un caprichoso, un sinvergüenza. Hombre de poco fuste y de mala educación; etc., etc.

Pero en cuanto pase otro trimestre, los veremos juntos, viviendo juntos. Más tarde recibiremos la noticia de que se han batido en duelo y que luego se abrazaron tiernamente.

Volvieron á ser los mejores amigos del mundo; la mitad del año se calumnian y la otra mitad se acarician. Alternativamente, se oprimen las manos hasta el punto de magullárselas, ó se aprestan á sacarse las tripas.

Porque las amistades entre los hombres femeninos dependen á cada punto de mil eventualidades, tienen sacudidas y notables diferencias de humor, su exaltación ofrece sorpresas y su entusiasmo eclipses. Un día desprecian lo que poco antes acariciaban; y otra día sienten inmensa ternura por lo que fué causa de su desprecio. Su naturaleza, sus

atracciones y su veleidad: todo es femenino. Atraen y admiran como las mujeres.

Tratan á sus amigos como las entretenidas á sus perros. Un amigo es para esa clase de hombres el gozquecillo adorado á quien se acaricia, dándole terrones de azúcar y poniéndole á dormir sobre las mismas almohadas en que descansan la cabeza. Pero, en un momento de humor irascible, son capaces de tirarlo por la ventana, de hacerlo girar agarrándolo por la cola, de ahogarlo sin piedad en un cubo.

Nada tan extraordinario como las ternezas de una mujer y de un hombre femenino. El pega y ella muerde ó araña. Odianse los dos y no saben vivir el uno sin el otro. Ella es liviana y él sollozando la perdona. El acepta el bienestar que otro sostiene, y se juzga, de buena fe, irreprochable. Se adoran y se desprecian. Sufren y se hacen sufrir, ligados irremisiblemente por un lazo fascinador y odioso. Día y noche se injurian y se acarician, mezclando sus besos vibrantes y sus acusaciones abominables.

El hombre-femenino es valeroso y cobarde á un tiempo. Vive como ninguno exaltando el sentimiento del honor, pero carece de honradez, y si las circunstancias le impulsan, padecerá horribles desfa-

llecimientos y cometerá infamias, tal vez sin darse cuenta, porque obedece á las constantes oscilaciones de su pensamiento dominador.

Dejar cuentas pendientes lo juzga muy admisible, casi razonable; le parece lo más natural, y hasta distinguido, no satisfacer sus deudas, exceptuando las de juego, es decir, las más discutibles, que se llaman «deudas de honor».

Engañará con arreglo á ciertas artimañas consentidas, y cuando le falte dinero lo buscará sin escrúpulos por todos los medios posibles. Pero matará, sinceramente indignado, á quien se permita pensar que todo eso indica poca delicadeza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN HARAGAN

Á Simón Bombard, con frecuencia le resultaba desagradable la vida.

Nació con una increíble aptitud para la holganza y con un deseo inmoderado de no contrariar esta vocación.

Todo esfuerzo moral ó físico, todo movimiento realizado para satisfacer un trabajo, le parecía superior á sus fuerzas. En cuanto se hablaba en su presencia de un asunto serio, el pensamiento de Bombard se distraía; era incapaz de profundizar nada, ni siquiera de poner su atención fija en nada.

Hijo de un tendero de novedades de Caen, había escapado muy dulcemente, como decían los de su familia, hasta los veinticinco años.

Pero como sus padres vivieron siempre más próximos de la quiebra que de la fortuna, pasó grandes apuros y escaseces de dinero.

Alto, fornido, guapo mozo, con patillas rojas al